

El Dulce Desencanto de la Democracia

Alfredo Acle Tomasini©

Mientras no exista en México la posibilidad de que el votante pueda manifestar, a través de una opción especialmente creada para ello, que ejerce su derecho de acudir a las urnas, pero que se abstiene de elegir a algún candidato, la interpretaciones del abstencionismo y de los votos anulados, no pasarán de ser conjeturas tan vagas como especulativas.

Pero, aún así, el nivel de abstencionismo que se observó en las elecciones del Estado de México y que confirmó lo que algunas encuestas ya señalaban, hace pensar que éste fenómeno probablemente se volverá a manifestar de manera significativa en las elecciones federales de Julio próximo.

Curiosamente, como si fuera una competencia donde se premiara al menos mediocre, los partidos han dedicado más esfuerzos a demostrar que, pese a la flacura de la suma de los votos, cada uno se ve a sí mismo como un ganador, en lugar de entender y explicar las razones por las que sus campañas, no sólo fueron incapaces para atraer a más de la mitad de los votantes potenciales, sino que en algunos casos, abiertamente los alejaron.

La limpieza de los procesos electorales legitima sus resultados, y da la certidumbre que ordena la cíclica renovación de poderes. En ese sentido, no podemos negar lo mucho que el país ha avanzado. Pero, cortas serían nuestras aspiraciones democráticas si nos conformamos con que los votos se cuenten bien y los resultados se respeten. La democracia es una forma de convivencia social, cuyos rasgos se manifiestan en hechos cotidianos que evidencian los rasgos de la cultura política de cada nación. Sus periódicos actos electorales son apenas las campanadas de un reloj, que pasada la hora, seguirá en marcha.

El largo dominio de un partido propició el desarrollo de una cultura política apenas incipiente. Para muchos ciudadanos fue sencillo, al arreciar los tiempos difíciles, culpar de sus problemas al partido en el poder y, suponer que su sola remoción los resolvería. La otrora oposición capitalizó ese hartazgo y tomó a la expectativa del cambio, como su estandarte, alrededor del cual sumó los votos necesarios para convertirse en gobierno.

La creación de expectativas por encima de las posibilidades reales del gobierno entrante, la inevitable curva de aprendizaje por la que éste ha tenido que transitar y, el comportamiento ambiguo de los partidos y sus representantes, que no permiten entender la diferencias que los distinguen y si en cambio observar su búsqueda del poder al cualquier precio, ha creado en una porción importante del electorado un sentimiento de frustración y desencanto y, en no pocos casos, una enorme confusión.

Pero esto es parte un proceso inevitable del desarrollo político del país: los electores tendrán que aprender a moderar sus expectativas y a entender que no es el gobierno quien tiene todas la soluciones; habrán de ser menos ingenuos y escudriñar por debajo de las envolturas publicitarias que partidos y candidatos crean y usan durante sus campañas y, que a su termino, olvidan con tanta rapidez como sus compromisos.

Sin embargo, este proceso de aprendizaje no abarca sólo al ciudadano sino también a los partidos, los gobiernos y los representantes populares, porque para ellos éste debe ser también un momento de reflexión, dado que en gran parte, la frustración del primero obedece en muchos casos, a su magro desempeño, sino es que a la reproducción de las mismas conductas que antes se le reprochaban al viejo régimen.

Lo que ayer era la odiosa arrogancia del carro completo, hoy día se reproduce en quienes - que son casi todos - habiendo accedido al poder con menos de la mitad de los votos, se conducen como si los hubieran ganado todos. Con inmadurez política reclaman a sus respectivas legislaturas la imposición de ataduras para su gobiernos, cuando éstas solo reflejan una gran dispersión de las preferencias electorales. Realidad que no puede soslayarse por quienes quieran gobernar al país, sus estados y sus ayuntamientos.

El abstencionismo no se resuelve con llamados al voto sino con hechos que le demuestren al ciudadano que quienes los representan – hayan votado por ellos o no – están a la altura de sus temporales mandatos, demostrándolo en sus comportamientos y resultados. Ahí se funda la confianza de la sociedad en sus instituciones. La mercadotecnia política podrá fabricar candidatos, pero en si misma no hace a nuestra democracia más madura, y si en cambio, la puede volver más frustrante y repelente.